

Organizar la lucha de masas en tiempos del 'tercer período': la *Revista Comunista* del Secretariado Sudamericano de la Comintern (1930-1932)¹

To organize mass struggle in times of the "third period":
The *Revista Comunista* of the Comintern South American
Secretariat (1930-1932)

Víctor Augusto Piemonte

Universidad de Buenos Aires /
Universidad Nacional de San Martín / CONICET
augusto.piemonte@gmail.com
ORCID: 0000-0002-6906-7399

Recibido: 15-7-19

Aceptado: 4-10-19

Cómo citar este artículo / Citation: PIEMONTE, Víctor Augusto (2020). Organizar la lucha de masas en tiempos del "tercer período": la *Revista Comunista* del Secretariado Sudamericano de la Comintern (1930-1932). *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 20, pp. 191-212
<https://doi.org/10.14198/PASADO2020.20.08>

Resumen

Creado en 1925, el Secretariado Sudamericano fue una de las escasas estructuras regionales que integraron la maquinaria organizativa impulsada por la Internacional Comunista para coordinar acciones del comunismo internacional. En septiembre de 1930 el Secretariado comenzó a editar su órgano teórico: *Revista Comunista*. En sus páginas se plasmaron diagnósticos referidos a cada uno de los partidos comunistas de

¹ Agradezco a los/as evaluadores/as anónimos/as por sus comentarios y especialmente a Natalia Casola por la lectura atenta de un primer borrador de este trabajo. Cualquier error que pueda subsistir es de mi única responsabilidad.

Sudamérica y a las diversas situaciones nacionales en las que debían operar. En este sentido, una reposición de aquellas líneas interpretativas de la realidad coyuntural resulta relevante para profundizar y problematizar la comprensión del desarrollo del comunismo sudamericano durante el llamado “tercer período”.

Palabras clave: *Revista Comunista*. Internacional Comunista. Secretariado Sudamericano. Tercer Período. Lucha de clases.

Abstract

Created in 1925, the South American Secretariat was one of the few regional structures that integrated the organizational machinery promoted by the Communist International to coordinate actions of international communism. In September of 1930, the Secretariat began to publish their theory bulletin: *Revista Comunista*. It provided diagnoses related to each of the South America communist parties, as well as to the varying national situations in which they were to operate. In this sense, a reinstatement of those interpretive lines of current reality is relevant to deepen and analyse as a problem the understanding of the development of South American communism during the so-called “third period”.

Keywords: *Revista Comunista*. Communist International. South American Secretariat. Third Period. Class struggle.

Introducción

Desde el momento en que tuvo lugar su creación en marzo de 1919, el órgano supremo de la Internacional Comunista (IC) fue el Congreso. Durante sus primeros años de existencia, éste se reunió en forma anual. Se hallaban representadas en él todas las secciones comunistas existentes y allí se discutían cuestiones relativas a los programas, tácticas y organización. En el Congreso residía la facultad de introducir reformas al programa y a los estatutos de la IC. Era también atribución suya elegir el Comité Ejecutivo de la IC (CEIC) y fijarle residencia. Siempre que el Congreso no se encontrara sesionando, la autoridad superior recaía sobre el CEIC, que se convertía así en el centro rector más estable dentro del organigrama de la IC. La preponderancia del CEIC fue cada vez más determinante para la vida de la IC a medida que, tras la muerte de Lenin, los congresos dejaron de celebrarse en forma anual para espaciarse por tiempo indefinido. Entre las facultades del CEIC estaba la posibilidad de formar nuevas oficinas para que operaran de manera permanente, con la intención de entablar relaciones fluidas con las secciones.

A cien años de la creación de la IC, no es tanto lo que se conoce sobre la relación entre ella y el comunismo latinoamericano en función de la magnitud que reviste en tanto objeto de estudio. Si bien la apertura de los archivos del ex Instituto Marxista-Leninista de Moscú a comienzos de la década de 1990 permitió la proliferación de estudios que reconstruyeran y analizaran –ya de manera central, ya de manera colateral– los vínculos entre la IC y algunas de las secciones nacio-

nales que la componían, poco y nada se ha escrito sobre el aparato regional que nucleó a las secciones sudamericanas: el Secretariado Sudamericano (SSA), más tarde denominado Bureau Sudamericano. Recuperar los objetivos, las tareas y la trayectoria del SSA permitirá profundizar el conocimiento sobre el desarrollo teórico y práctico de las secciones sudamericanas y la relación de cada una de ellas entre sí y con la IC.

Originado en 1925, el SSA fue una de las pocas estructuras regionales que integraron la maquinaria organizativa impulsada por la IC para coordinar acciones del comunismo internacional. El objetivo primero de su fundación residió en la necesidad de reforzar los lazos entre el CEIC y el movimiento obrero y campesino sudamericano. Dirigido exclusivamente por autoridades locales, el SSA estuvo desde un principio hegemonizado por la dirección del Partido Comunista de la Argentina (PCA), la cual se ocupó de administrarlo imponiendo su particular impronta (ver Piemonte, 2017).

El último número de *La Correspondencia Sudamericana*, órgano del Secretariado Sudamericano con base en Buenos Aires primero y en Montevideo después, dio a conocer el 1 de mayo de 1930 que llegaba a su fin el camino editorial iniciado en abril de 1926. Pero el espacio no quedó vacante, sino que fue ocupado por una nueva publicación periódica, la *Revista Comunista*, mucho menos conocida en su contenido por la historiografía vigente. A diferencia de su predecesora, centrada en la función informativa, la nueva publicación se presentaba en su subtítulo como el “Órgano teórico del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista”. En este sentido, entendemos que una reconstrucción de aquellas líneas interpretativas de la realidad coyuntural resulta relevante para profundizar y problematizar la comprensión del desarrollo del comunismo sudamericano durante el “tercer período”. No obstante, nuestra hipótesis es que lejos de promover la formación teórica de los comunistas como auspiciaba cada número de la publicación, *Revista Comunista* muchas veces reprodujo mecánicamente fórmulas generalistas mediante el recurso de categorías de análisis sin basamento empírico.

Nunca fue abordado en su especificidad el valor heurístico de la *Revista Comunista*. La poca atención recibida pudo haberse debido, en una primera instancia, a la complicación que durante largas décadas primó sobre el acceso a la totalidad de los números publicados. A este respecto, señaló Manuel Caballero (2000: 176, nota 31) que, al momento en que dio a conocer su estudio pionero en 1986, solamente se conocían dos números, disponibles en el Archivo Storico del Movimento Operaio Brasiliano, fundado en los años '70 por un grupo de exiliados brasileiros en la ciudad de Milán. Actualmente, el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDIInCI) de Buenos Aires dispone de la publicación completa. De aparición infrecuente, se trata de apenas 7 números (dos de los cuales son números dobles), publicados entre septiembre

de 1930 y octubre de 1932, que constan de alrededor de 75 páginas por número simple y 150 páginas por número doble. Por otra parte, como es lógico, la *Revista Comunista* no fue objeto de interés puntual para los investigadores a causa de que tampoco lo ha sido todavía la trayectoria del Secretariado Sudamericano.

Masificar la lucha de clases

Ante los problemas generados en torno del recurrente surgimiento de facciones, Paulino González Alberdi notaba a mediados de 1928 las consecuencias negativas que “el desprecio por el estudio de las cuestiones teóricas”² había desencadenado dentro del PCA, generando las condiciones para la crisis interna que acabó con el apartamiento del grupo conducido por José Penelón. Para revertir esta situación, continuaba González Alberdi, resultaba imperioso combatir algunos prejuicios entre las bases que consideraban el estudio una “pérdida de tiempo” cuando de lo que en realidad se trataba era de reforzar el trabajo práctico. La cuestión en torno a la importancia de la formación teórica se trasladó al conjunto del comunismo sudamericano. Ante este panorama, *Revista Comunista* surgió con la atención puesta en la función asignada por Lenin al “*intelectual profesionalizado* entendido como modelo de cuadro revolucionario y” al “*aparato de prensa* entendido como organizador colectivo” (Celentano, 2012: 62).

Siguiendo la observación vertida por Manuel Loyola en su estudio sobre la prensa comunista en el Chile de la primera mitad de la década de 1920, consideramos aquí que es transferible al resto de los países sudamericanos la existencia de una producción partidaria escrita dirigida a conciliar el desconocimiento de los códigos y referencias del “marxismo-leninismo” propio del gran número de afiliados recientes con el manejo fluido que de ellos disponían los miembros más experimentados. De aquí la necesidad de dar un lugar preponderante a la formación teórica de los recién llegados “a fin de nivelar recursos y configurar una adecuada comunidad de discurso eficiente a los propósitos de materialización de pautas y líneas de conducta” (Loyola, 2016: 21).

De tal suerte, el número inicial de *Revista Comunista* informó que el Plenum del SSA, reunido con la intención de ahondar las tareas trazadas por la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana en referencia a la “clarificación de los problemas fundamentales del movimiento obrero”³, debió realizar su trabajo bajo un recrudecimiento de la crisis que afectó a la toda América Latina

² Actas del Comité Central del PCA, 4/7/1928, Archivo de la Internacional Comunista, Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina, microfilm rollo 5, sección 38.

³ “Las tareas de los Partidos Comunistas frente a las luchas de masas (Balance del Plenum del S.S.A. de la I.C.)”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, p. 3.

como producto del agravamiento en las malas condiciones económicas que por entonces registraba el sistema capitalista mundial. Tras elaborar la interpretación del momento histórico que se vivía, el VI Congreso de la IC determinó la adopción por parte de sus secciones integrantes de la política de “clase contra clase”. El “tercer período” no era sino la fase final del capitalismo, enmarcada en los conflictos internos de un imperialismo agónico que sentaba las bases para la consumación de la revolución obrera (Codovilla, 1930: 3). La discusión giró en torno a los siguientes ejes centrales: la crisis latinoamericana, el carácter que debía adquirir la revolución en los países semi-feudales y semi-coloniales de Sudamérica, la cuestión agraria, el frente único, la lucha contra el reformismo y el anarco-sindicalismo, la formación de partidos comunistas proletarizados, y la necesidad de afianzar los lazos entre estos y el SSA.⁴

La situación general signada por la grave crisis económica en un subcontinente subyugado por los imperialismos de Estados Unidos e Inglaterra contribuía a generar condiciones de crisis al interior de los partidos burgueses de gobierno, en los cuales afloraba la rivalidad entre facciones que hasta entonces podían haberse hallado en latencia. Era así como dos bandos antagónicos habían emergido en ellos entre los latifundistas, burgueses y pequeño-burgueses, según estuvieren vinculados al imperialismo norteamericano o al imperialismo británico:

“Los acontecimientos de los últimos meses (Bolivia, Perú, Argentina, Brasil) ilustran con suficiente claridad esas tesis: ni Blanco Galíndez, ni Sánchez Cerro, ni Uriburu, ni Vargas han sido los exponentes accidentales de un movimiento nacional propio e independiente, instrumentos de una lucha dictada por factores internos substancialmente, sino los voceros y portaestandartes de un bando imperialista, los intermediarios y agentes de la rivalidad entre las potencias colonizadoras, que disputan con las armas el derecho y privilegio de esquilmar a las grandes masas laboriosas de la América Latina.”⁵

Ante este panorama de inestabilidad política cobraban especial fuerza los militares, quienes se presentaban ante las masas como la única posibilidad de salvaguardar las instituciones republicanas.⁶ De tal modo, los golpes de estado en la región eran un síntoma particular de la dependencia de las naciones sudamericanas respecto de los intereses imperialistas cuyo efecto no era otro que el acrecentamiento de dicha relación de dominación.

En su intento por hacer de la línea política de la IC el trazado del rumbo práctico y organizativo de sus secciones sudamericanas, el SSA tomaba la coyuntura

⁴ “Las tareas de los Partidos Comunistas frente a las luchas de masas (Balance del Plenum del S.S.A. de la I.C.)”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, p. 3.

⁵ “Por la formación de los Partidos”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, p. 3.

⁶ *Ibidem*, p. 5.

regional como un conglomerado de situaciones homogéneas. Si la coyuntura originada por el capitalismo mundial en crisis impactaba sobre una única estructura socioeconómica, entonces el diagnóstico de la situación llevaba por fuerza al hecho de que las tareas más urgentes para revertir sus efectos resultarían de una aplicabilidad universal. La interpretación referida a la presencia de un 75% de la población latinoamericana en el campo hacía de la lucha antimperialista, vía la revolución agraria, “la cuestión central en este período de desarrollo de la América Latina”⁷. No obstante, en su carácter de vanguardia revolucionaria del proletariado, cada PC tenía la obligación de analizar la relación de fuerzas de clase en su propio país.

No sorprende, en el esquema unificador promovido por el estalinismo, que el Plenum condenara por “menchevismo” el contenido de la propuesta teórica que había promovido el brasileño Octávio Brandão a propósito de una revolución latinoamericana en dos momentos: una primera etapa consistente en la toma del poder por la pequeño-burguesía, seguida de una segunda etapa en la cual el proceso sería hegemonizado por el proletariado.⁸ Para el SSA dicha teoría “lleva hacia la pasividad, origina la falta de fe en las propias fuerzas del Partido, reemplaza la idea de revolución de masas por el sostén de un gobierno pequeño-burgués, en el fondo reaccionario e imperialista, es decir, una posición oportunista y antiproletaria”⁹. Más allá de la adopción de cierta retórica revolucionaria, la pequeño-burguesía no podía alejarse por completo de la contrarrevolución burguesa y feudal. Brandão y sus seguidores no habían advertido que la cuestión central era la revolución agraria antimperialista mediante la destrucción de los latifundios. En la situación vigente en América Latina aquella era la única vía para consolidar la unidad de lucha del proletariado con el campesinado.

El análisis no discriminaba entre aparatos productivos, formas de acumulación del capital ni formaciones sociales. Esto explica la negativa del SSA a considerar las implicancias de la cuestión indígena en aquellos países donde su presencia era mayoritaria y permite comprender también el rechazo inmediato que se hizo desde la cúpula del organismo de la IC en Sudamérica sobre los planteos teóricos de José Carlos Mariátegui.¹⁰ La adopción de categorías uniformes más

⁷ “Las tareas de los Partidos Comunistas frente a las luchas de masas (Balance del Plenum del S.S.A. de la I.C.)”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, p. 6.

⁸ Brandão había dado forma a sus tesis a fines de 1927 y habían sido presentadas en el III Congreso del PCB celebrado entre finales de 1928 y comienzos de 1929. Ver Castilho de Lacerda (2017: 149).

⁹ Las tareas de los Partidos Comunistas frente a las luchas de masas (Balance del Plenum del S.S.A. de la I.C.)”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, pp. 7-8.

¹⁰ Aduciendo que la cuestión indígena propia de la llamada “realidad peruana” no era sino un tema marginal dentro de la situación semicolonial del país, tanto Humbert-Droz como aliado dentro de la IC, el líder del PCA Victorio Codovilla, condenaron la política conducida por Mariátegui y Hugo Pesce y los conminaron a abandonar sus posiciones intelectuales

cercanas a la idealización moscovita sobre Latinoamérica que a su realidad social concreta, no se limitaba a la interpretación general del subcontinente como un territorio semifeudal y semicolonial.

La pequeño-burguesía, el imperialismo y la proletarización de las secciones sudamericanas

Hay algunas preocupaciones constantes que atraviesan la revista del SSA: la relación con la pequeña burguesía en un contexto signado por la crisis mundial del capitalismo, la implementación de la política ultraizquierdista de lucha de clase contra clase, la conformación de partidos comunistas latinoamericanos allí donde todavía no existían y de consolidación en donde ya se encontraban en funcionamiento, la profundización en el proceso de bolchevización de las secciones nacionales de la IC.

Estas cuestiones adquirieron especial relevancia en Brasil, donde la crisis económica era muy profunda. Tras el golpe de estado, la producción de café había pasado de 20 millones de bolsas a casi 25 millones. No obstante, gran parte de la producción se perdería. El café no sería cosechado en su totalidad, lo que significaría el empeoramiento en las condiciones de vida de los trabajadores temporarios, cuyo número ascendía tan sólo en San Pablo a 1.200.000 personas. El estado negativo de la economía brasilera era fiel reflejo de las manipulaciones a las que era sometida por el imperialismo. Mientras representaron un factor de importancia en la lucha contra el gobierno nacional y los intereses británicos en San Pablo y Río de Janeiro, los plantadores de Minas Gerais fueron apoyados por el imperialismo norteamericano. Sin embargo, una vez que tuvo lugar el golpe de estado, esa relación dejó de tener importancia para los capitalistas de Estados Unidos. Anteriormente vinculado al imperialismo norteamericano que le había permitido conducir a terratenientes y capitalistas brasileños, Getulio Vargas ya no aparecía como el político más relevante de la escena nacional.

Dos partidos de la pequeño-burguesía, uno orientado al “nacional-reformismo” y otro volcado al “nacional-fascismo”, se disputaban la hegemonía dentro del movimiento obrero y campesino. En opinión del SSA, los liberales Josias Leão y Plinio Mello, excomunistas devenidos en “agentes vendidos al imperialismo yanqui”¹¹, buscaron aprovechar la radicalización de las masas brasileñas para atraerlas hacia sus posturas nacional-fascistas. Pero mayor peligrosidad despertaba en

pequeño-burguesas y a retomar las categorías de análisis cominternianas. Ver Secretariado Sudamericano de la IC, 1930: 199-200; “El problema del indio en el Perú. Su nuevo planteamiento”, *El Trabajador Latinoamericano*, año I, núm. 9, 15/1/1929.

¹¹ “El P. Comunista del Brasil frente a los próximos combates”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, p. 23.

el Partido Comunista de Brasil (PCB) el grupo reunido en torno de Prestes, que encarnaba los intereses de la pequeño-burguesía radicalizada: “Luis Carlos Prestes abroga, en sus llamados, por la revolución agraria y anti-imperialista pero en realidad todas sus gentes colaboran con los Josías y Plinios, en su tarea fundamental de luchar por la descomposición de la sección brasileña de la I. C.”¹². Ya apartado de la Liga de Acción Revolucionaria, Prestes dio forma a otro grupo político desde el cual se ocupó de luchar por la desintegración del PCB. Producto de las diversas crisis políticas que había atravesado el país, el PCB había decantado en un partido de composición heterogénea: en su seno convivían liberales, prestitas, anarco-sindicalistas y trotskistas. Se reclamaba a los cuadros conscientes que condujeran un proceso de homogeneización ideológica del partido, dando por tierra con la orientación de corte “kuomingtanguista” de la sección brasilera de la IC.

La revolución agraria y antimperialista era tarea exclusiva de las masas trabajadoras, por lo que la conducta pasiva que el PCB había mostrado hacia el movimiento obrero y campesino era señalada con rechazo por el SSA. Esta inercia había permitido a Prestes ampliar su órbita de influencia entre los componentes pequeño-burgueses que integraban el partido. El SSA llamaba al PCB a realizar

“el aumento, con todas las fuerzas, de la fe en el Partido como fuerza dirigente de las luchas, la fortificación de la organización, la lucha por la plena independencia política y sobre todo la independencia en la acción revolucionaria, para poder crear el frente único de la batalla de los obreros y campesinos. Únicamente en este camino el P.C. del Brasil podrá cumplir su misión histórica.”¹³

En la consideración del SSA, el PCB había volcado más su atención a esperar de manera contemplativa su derrotero antes que a organizar de manera activa a los obreros y campesinos para forjar su propia experiencia de lucha. Cuando se decidió a combatir la ideología pequeño-burguesa de Prestes, lo había hecho de manera muy endeble y desacertada. No obstante, esta relación conflictiva del comunismo con el caudillo iba a registrar un cambio profundo hacia fines de 1931. Tras advertir la imposibilidad de conciliar los intereses de la burguesía con los del proletariado, Prestes había comenzado a desentenderse de muchos de sus antiguos aliados políticos. Abandonando así el campo de la contrarrevolución pequeño-burguesa para pasar a integrar las fuerzas revolucionarias de las masas obreras y campesinas, Prestes emergía en una nueva faceta: la de “liquidador del Prestismo”. La confirmación de su conversión ideológica quedaba ratificada a partir del viaje que se encontraba realizando Prestes en la Unión Soviética con el

¹² Idem.

¹³ “La revolución en Brasil. El movimiento revolucionario del Brasil y la Liga Revolucionaria de Prestes”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, p. 49.

propósito de formarse en la teoría leninista. El PCB confiaba en los réditos que podía obtener en términos de “reforzamiento ideológico y orgánico” a partir del regreso de Prestes al país.

En su declaración del 1 de octubre de 1931, formulada en la ciudad de Montevideo, Prestes sostuvo que “solo la vanguardia más combativa del proletariado, el Partido Comunista, sección Brasileña de la I. C., será capaz de guiar realmente a las masas trabajadoras del Brasil por el verdadero camino de la Revolución agraria y antimperialista, porque solo el gobierno de obreros y campesinos podrá resolver el doble problema de la revolución”¹⁴. Prestes se corría, al menos retóricamente, del centro de escena, al proclamar la necesidad de abandonar las expectativas puestas en figuras personales para pasar a depositarlas en el Partido Comunista. La declaración de Prestes, considerado por el SSA como “el caudillo pequeño burgués más popular del Brasil”¹⁵, debía colaborar para convencer a los trabajadores que manifestaban tibias simpatías por el trotskismo y el prestismo para que abrazaran la causa revolucionaria encarnada por el PCB. El único actor llamado a desempeñar un papel protagónico para la liberación nacional era el proletariado, liderado por el PCB en la conducción de la revolución social.

Claro que la penetración imperialista jugó un papel de importancia en la definición de las estructuras socioeconómicas y en el ordenamiento de los conflictos sociales de la totalidad de los países sudamericanos. Fue así como, al reafirmar el carácter semicolonial de América Latina en el VI Congreso de la IC, el jefe del Secretariado Latino del CE de la IC, Jules Humbert-Droz, destacó el caso de la economía colombiana para ilustrar el avance del imperialismo norteamericano en el subcontinente. Colombia había registrado el mayor incremento de toda Latinoamérica en el volumen de inversiones de origen norteamericano, las cuales computaban un aumento del 6000 por ciento entre 1912 y 1928 (Meschkat, 2008: 43). Los campesinos colombianos subsistían mal en un entorno feudal, en donde los terratenientes les otorgaban en alquiler parcelas diminutas a cambio de realizar prestaciones de trabajo en sus tierras por salarios muy inferiores a la media. La sección colombiana de la IC se encontraba en vías de conformarse, apremiada por la urgencia de los tiempos: los trabajadores anhelaban la irrupción del PC en la arena política. Aunque el Partido Socialista Revolucionario de Colombia (PSR) se había convertido en miembro efectivo de la IC en 1928, no había logrado traducir en una participación orgánica el apoyo que tenía entre los trabajadores colombianos. El SSA esperaba ver revertida esta situación en el corto plazo, a medida que a la

¹⁴ “A los trabajadores de la ciudad y del campo, a todos los explotados y oprimidos! (Llamado de Luiz Carlos Prestes)”, *Revista Comunista*, año II, núm. 6, noviembre de 1931, p. 56.

¹⁵ “Nuestra posición ante la declaración de Prestes (Manifiesto del P. C. de Brasil)”, *Revista Comunista*, año II, núm. 6, noviembre de 1931, p. 62.

presión popular se sumara la colaboración de la IC para reconfigurar dicho partido en uno verdaderamente comunista, representante de los intereses del proletariado en su conjunto.¹⁶ Ya en febrero de 1929, el CEIC había criticado la postura que el PSR compartía con los liberales acerca de los beneficios que la participación británica podía reportarle a Colombia para ayudarlo “a quitar el yugo del imperialismo norteamericano” (Jeifets y Jeifets, 2001: 31). Del fortalecimiento del comunismo colombiano dependía la capacidad de respuesta obrera y campesina contra la avanzada imperialista en todas sus manifestaciones.

Por su parte, el recientemente creado Partido Comunista de Perú (PCP) se encontraba en la obligación de comenzar a dar sus primeros pasos en medio de la represión impuesta por el gobierno de Luis Sánchez Cerro. Su triunfo en las elecciones de 1931 había significado la derrota del imperialismo británico a manos del imperialismo norteamericano.¹⁷ El PCP debía confrontar al gobierno para obstaculizar su ofensiva imperialista mediante la conformación del frente único de obreros, campesinos e indígenas.¹⁸ Tanto la presidencia de Augusto B. Leguía como el gobierno de Sánchez Cerro que la desbancó eran, a los ojos del SSA, dispositivos al servicio del imperialismo. El nuevo gobierno fascista se proponía contribuir a la pacificación y unificación entre la burguesía nacional y la pequeño-burguesía con el objeto de coartar la revolución obrero-campesina y hacerle pagar a los trabajadores los costos de la crisis económica.¹⁹ El multi-clasismo encarnado por el APRA, considerado una fuerza “fascistizante” por los comunistas, probaba una mayor eficiencia que el clasismo comunista a la hora de dar forma a un partido de masas en el Perú (Rénquine, 2007: 471). De todos modos, el PCP, que había sumado unos 500 militantes en sus comienzos, contaba para 1931 con cerca de 2500 afiliados. La conformación de la Federación Juvenil Comunista de Perú le permitía al partido sumar 350 afiliados. Asimismo, había logrado expandirse por todo el país, instalando diez comités regionales situados en los departamentos de mayor importancia económica.

A diferencia de lo que había ocurrido a fines de los años '20, en la década siguiente el SSA comenzó a requerir de sus secciones nacionales el trabajo comunista entre los campesinos, haciendo hincapié en las comunidades indígenas allí don-

¹⁶ “La situación política colombiana”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, pp. 50-55.

¹⁷ “El formidable crecimiento de nuestro partido. El P. C. del Perú en las primeras filas de la campaña de emulación y reclutamiento”, *Revista Comunista*, año II, núm. 6, noviembre de 1931, p. 64.

¹⁸ “El derrocamiento de Leguía en el Perú”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, pp. 56-59.

¹⁹ “En el Perú se han desarrollado las primeras grandes luchas contra el imperialismo después de los golpes de estado”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, p. 30.

de estas fueran una presencia importante. Fue así como se pasó a considerar que los defectos que acusaba el PCP serían superados a partir de la implementación de “una audaz política de INDIGENIZACION Y PROLETARIZACION de sus filas”²⁰. Aunque leguistas, civilistas y apristas buscaban ganar para sí el favor de la población indígena, los comunistas hacían constar que eran los únicos verdaderamente interesados en el mejoramiento de sus condiciones de existencia, ya que el PCP era el único que planteaba la emancipación indígena al hacer de la destrucción del feudalismo y el capitalismo el centro de su programa.²¹ Esta “indigenización” del PCP distaba mucho de atender implicaciones teóricas lanzadas por José Carlos Mariátegui, sino que parecía reducirse a la asimilación dentro del partido de los pueblos originarios en tanto actores sociales económicamente explotados. La cuestión indígena debía ser contenida dentro de la cuestión campesina. A partir de entonces fue asumida como una preocupación central la necesidad de desarrollar la ideología leninista para contribuir a la formación política de las masas y combatir la ideología antiobrero de apristas, socialistas, anarco-sindicalistas y trotskistas.²²

El único camino posible para el SSA para enfrentar al imperialismo y torcer la realidad social de los países de la región consistía en organizar correctamente el Partido primero para organizar a las masas obreras después y ponerlas bajo su dirección. Para ello resultaba de capital importancia avanzar fuertemente en la proletarianización del partido. En este sentido, el VII Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Uruguay (PCU) había remarcado la necesidad de proletarianizar el partido sumando obreros a sus filas. Se debía avanzar en la organización de células, combatiendo los elementos pequeño-burgueses que subsistían en su seno.²³ Como parte de este mismo proceso orientado a lograr la uniformidad ideológica, y según se verá a continuación, la bolchevización debía encararse necesariamente acompañada de la autocrítica.

²⁰ “El formidable crecimiento de nuestro partido. El P. C. del Perú en las primeras filas de la campaña de emulación y reclutamiento”, *Revista Comunista*, año II, núm. VI, noviembre de 1931, p. 64.

²¹ Paulino González Alberdi, “Cómo se asesina a un pueblo”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, pp. 35-43.

²² “Vida de los partidos comunistas de América del Sur. Perú”, *Revista Comunista*, año III, N° 1, octubre de 1932, pp. 119. La misma prédica indigenista fue destinada a Bolivia. Desde 1932 había comenzado a tener lugar la creación de un núcleo comunista en el país, con la coordinación de las agrupaciones comunistas de La Paz, Oruro, Potosí, Sucre y Cochabamba. Según la visión del SSA, todas las fuerzas políticas y sindicales –con excepción de los comunistas– habían fallado en reconocer la importancia de la cuestión indígena dentro de una población en donde las masas indígenas conformaban un 75% de la población del país.

²³ “La situación del Partido y sus tareas más urgentes. Resolución del VII Pleno del Comité Central del Partido Comunista del Uruguay”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, pp. 135-142.

La autocrítica como herramienta de perfeccionamiento partidario en la consecución del frente único por abajo

Creada por una decisión de la Internacional Sindical Roja tomada a fines de 1927, la Confederación Sindical Latinoamericana pretendió nuclear los gremios subcontinentales con el objetivo de contrarrestar la creciente fuerza del imperialismo norteamericano y de las burguesías nacionales aliadas a él (Camarero, 2007: 124-131). La Confederación (cuyo secretario era el comunista argentino Miguel Contreras) había retomado las propuestas de las conferencias organizadas por los Comités Antiguerreros de Argentina (presidido por Nydia Lamarque) y de Uruguay (presidido por Bernabé Michelena) y organizó una Gran Conferencia Continental Antiguerrera a realizarse en Montevideo el primer día de enero de 1933. La convocatoria estaba dirigida “a todos los sindicatos obreros, a los personales de las fábricas, a las comunidades indígenas, a las organizaciones de negros e indios, a las instituciones estudiantiles, a las ligas de pequeños comerciantes, de pequeños propietarios, a las cooperativas, a los intelectuales antiimperialistas, a todos los que están decididamente dispuestos a luchar contra la guerra”²⁴.

No dejaba de sostenerse la importancia de combatir a los contrincantes del proletariado en el terreno de la teoría, “armando” para ello al partido con la ideología leninista.²⁵ Se debía trabajar intensamente sobre los métodos de agitación y propaganda para revertir el desconocimiento que las masas tenían respecto de la línea política de los partidos comunistas. El elevado analfabetismo complicaba la agitación escrita,²⁶ pero la agitación verbal tampoco resultaba eficiente. Los mismos encargados de transmitir la ideología leninista demostraban serias fallencias en su formación. Era por ello que la dirección partidaria debía “dar para cada momento concreto las consignas en torno a las cuales debe concentrarse la agitación, ayudando a los compañeros a prepararse, preparando material escrito y realizando reuniones de oradores, ampliando cada vez más la cantidad de oradores del partido, abarcando siempre a nuevos compañeros y ayudándoles a prepararse”²⁷. Todos los afiliados debían recibir al menos un año de instrucción, principalmente aquellos que iban a ser destinados a actividades de agitación y

²⁴ “¡Hacia la Conferencia Continental contra la Guerra!”, *Revista Comunista*, año III, N° 1, octubre de 1932, p. 65.

²⁵ Julia Mendez, “¡Por la formación de cuadros!”, *Revista Comunista*, año III, N° 1, octubre de 1932, p. 82.

²⁶ Representativo de esta situación, el comunista argentino Miguel Contreras había hecho constar la dificultad implicada en el acceso a la lectoescritura por parte del grueso de los obreros e indígenas de Bolivia. Ver Schelchikov (2017: 44).

²⁷ Julia Mendez, “¡Por la formación de cuadros!”, *Revista Comunista*, año III, N° 1, octubre de 1932, p. 83.

propaganda. Las situaciones concretas de los países a menudo no podían ser debidamente analizadas a causa de la intensa actividad desarrollada por sus camaradas, los cuales no contaban con el tiempo necesario para el estudio teórico. La tarea de formar cuadros teóricos era, por tanto, una necesidad de primer orden.

Una parte esencial del trabajo de formación teórica que se buscaba desarrollar pasaba por contribuir al ejercicio de la autocrítica dentro de las células, lo cual “dará a todos los afiliados el sentido de la responsabilidad y participación en la actividad independiente de la masa del Partido, cuando todos los afiliados del Partido se sientan capacitados para la dirección del trabajo en la región respectiva y responsable de la aplicación de las resoluciones del Partido”²⁸. Una eficaz proletarización de las secciones sudamericanas solamente era viable sobre esta base.

Se informó que la dirección del PCA buscaba promover entre sus diversas organizaciones un profundo ejercicio de autocrítica, entendiendo que era el único mecanismo por medio del cual se podrían “superar sus grandes dificultades y debilidades presentes”²⁹. El PCA reconocía problemas para permear en las masas trabajadoras argentinas: la suya era “una influencia más bien superficial, débil, poco estable”. La vinculación del partido con las masas era endeble, producto “de sus malos métodos de trabajo, de la escasa vida política de sus organizaciones de base, de la pasividad, de los errores tácticos, de la demarcación insuficiente entre los diferentes órganos del Partido, del débil grado de responsabilidad y de control”³⁰. El partido absorbía todos los impactos de las acciones previas que lo llevaron al sectarismo sin hacer ninguna mención abierta a la IC y a la política de “clase contra clase”. Esto es central, ya que estribaba allí, en el aislacionismo comunista, el principal destino de su autocrítica:

“El más importante error de la dirección fue el de no saber ligarse a la masa del Partido y, por su intermedio, a la masa obrera; en las relaciones interiores del Partido, esa deficiencia representó un factor de agravación. La voz del Partido y del proletariado llegaba así imperfectamente a la dirección, que no estaba en condiciones de determinar en un instante dado el verdadero estado de espíritu de las masas: eso ha restringido en mucho la función realmente directora del B.P. Al mismo tiempo, el B.P. no fue capaz de organizar colectivamente el funcionamiento y trabajo de los órganos de dirección y no llevó una lucha suficientemente enérgica por el Partido monolítico y único, imprimiendo la dirección a todos los Regionales, a los grupos idiomáticos, etc. No supo sus-

²⁸ “Las tareas de los Partidos Comunistas frente a las luchas de masas (Balance del Plenum del S.S.A. de la I.C.)”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, p. 13.

²⁹ “La autocrítica en el partido argentino”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, p. 88.

³⁰ *Idem*.

citar el desarrollo de los cuadros, su formación, su educación política ni supo crear un verdadero centralismo democrático, sobre la base de la disciplina más severa, de la aplicación de las decisiones de las instancias superiores y de la independencia efectiva de las organizaciones del Partido.”³¹

En otras palabras, el PCA no había sabido rusificarse. En efecto, a causa de su incapacidad para extender su influencia entre las masas de trabajadores, la sección argentina no había pasado del estadio de “grupo de propaganda”, lo que le impedía llegar a constituirse en un partido político consolidado. Aparecía como tarea urgente la formación de más y mejores cuadros con el propósito de incrementar la eficiencia a la hora de promover la aplicación de la línea partidaria.

Existía una articulación muy débil entre la dirección con las agrupaciones idiomáticas y con los Comités Regionales, lo que llevaba al SSA a pensar en la pervivencia de prácticas federalistas, contrarias a “la concepción leninista del Partido monolítico y centralizado”³². Hablando de errores tácticos, señalaban que las elecciones municipales que iban a celebrarse en noviembre en Buenos Aires tenían una importancia clasista central a causa de “la fuerza que ha adquirido el gobierno irigoyenista como gobierno de la racionalización capitalista y su política represiva, reaccionaria, fascizante contra el proletariado en lucha, contra el cual aplica cada vez más los métodos terroristas”³³.

En un análisis elaborado en octubre de 1930, Rodolfo Ghioldi planteó que el golpe de estado de José Félix Uriburu era producto de la conjunción entre la crisis económica y la lucha interimperialista. Habiendo sido un “agente” del capital extranjero, Yrigoyen se convertía él mismo en una víctima del enfrentamiento entre imperialismos. El golpe representó una derrota particular para el PCA, dado que, en su incapacidad para convertirse en un actor de peso ante la coyuntura que se abría, no había hecho “marchar independientemente a las masas, al proletariado, no supo emanciparlos del tutelaje de los grupos instrumentos de los imperialistas, no supo movilizarlas y llevarlas a las luchas”³⁴. Se sumó además el problema de las desviaciones intrapartidarias. Para superar su acción liquidadora, se había planteado la cuestión a las células para anular su propagación y se volvió a insistir en la necesidad de construir un frente único por la base que recuperara la cuestión de las reivindicaciones parciales inmediatas. Era necesario avanzar en la senda de la proletarianización del partido –con eje en la creación de células de fábrica–³⁵, que le

³¹ Ibidem, p. 89.

³² Ibidem, p. 92.

³³ Idem.

³⁴ Rodolfo Ghioldi, “El golpe de estado en Argentina”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, p. 16.

³⁵ “Vida de los partidos comunistas de América del Sur. Argentina”, *Revista Comunista*, año III, N° 1, octubre de 1932, p. 94.

permitiera contar con “una dirección proletaria realmente vinculada a las grandes masas, capaz de reflejar el espíritu y la combatividad de las masas y, a la vez, de trabajar entre ellas y llevarlas a la lucha”³⁶.

El PCU, por su parte, redactó un texto con motivo de la preparación de su XI Congreso. Afirmó allí que por primera vez se sometía a discusión seria la cuestión agraria. Planteó también la necesidad de proletarizar el partido, proceso que permitiría incorporar nuevos cuadros de extracción obrera y redundaría, en consecuencia, en la eliminación de los resabios pequeño-burgueses. A la vez, sostuvo que se estaban tomando todas las medidas para concretar el viraje político según la línea determinada por la IC en su VI Congreso y en su X Pleno. Aclaraba que dicho viraje se llevaba a cabo “con las dificultades propias y características de nuestros partidos latinoamericanos”³⁷, sin mencionar cuáles eran esas dificultades y sin proporcionar ninguna vía específica para su superación. Fomentada por la dirección, se ejerció la autocrítica:

“Los primeros ensayos en materia de autocrítica fueron muy deficientes porque la dirección del Partido no supo organizar y dirigir bien las discusiones, cosa indispensable para que ella dé positivos resultados especialmente en los jóvenes partidos latino americanos donde el método de la autocrítica era hasta hace muy poco tiempo desconocido. En vísperas de su Congreso el Partido del Uruguay mejoró, sin embargo, mucho, en cuanto a la forma de estudiar los problemas y la autocrítica fue mejor conducida con evidentes resultados prácticos. La dirección intervino con más eficacia en la organización de la discusión aleccionada por los hechos, y siguiendo los consejos del Bureau S. A. de la I. C.”³⁸

La elevada participación de un gran número de afiliados en las discusiones referidas a cuestiones nacionales reflejaba un veloz mejoramiento en el nivel político del PCU. A los ojos del SSA, el caso uruguayo constituía una prueba testigo para el conjunto de las secciones latinoamericanas de lo conveniente que era adoptar la autocrítica con vistas a la elevación teórica de sus miembros. Los problemas que atravesaba el Uruguay eran comunes, a fin de cuentas, a los que atravesaba gran parte de América Latina: la crisis mundial del capitalismo y sus repercusiones nacionales, la situación semicolonial en las estructuras socioeconómicas y el ascenso del fascismo en el gobierno.

La posición mayoritaria dentro de la dirección del PCU ahogó rápidamente el surgimiento en el Congreso de una corriente que interpretó que la burguesía nacional estaba tomando cierta distancia respecto del capital imperialista. No

³⁶ Ibidem, p. 18.

³⁷ “Uruguay. Hacia el congreso del Partido”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, p. 95-96.

³⁸ Eugenio Gómez, “La situación económica y política del Uruguay analizada en el último Congreso del P. C.”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, p. 45.

obstante, la posición del imperialismo no admitía discusión, en lugar de mostrar alguna flaqueza no hacía sino reafirmar su dominación, lo que coartaba cualquier posibilidad de expresión que guardara cierta independencia respecto de él por parte de la burguesía nacional. Esta última no podía bajo ningún aspecto librar una lucha independiente, sino que se limitaba, en todo caso, a librar una “lucha que sólo puede hacer contra un imperialismo como fuerza al servicio de otro imperialismo”³⁹. Estas conclusiones se aplicaban, sin admitir discusión, para el conjunto de los países latinoamericanos.

El caso chileno se convirtió en paradigmático a propósito de la elevación teórica de los comunistas y del rol que en ello podía jugar la autocrítica. A partir del golpe de estado consumado en el Palacio de la Moneda de Santiago a comienzos de 1925, el Partido Comunista de Chile (PCCH) quedó sumido en la necesidad de conducir su reorganización. Urgía designar nuevos cuadros para que ocuparan la dirección en el comité central del PCCH tras el encarcelamiento de sus líderes principales. La renovación tuvo lugar en diciembre de 1928, pero ello no impidió que la nueva dirección corriera la misma suerte que su predecesora: los flamantes miembros del comité central fueron detenidos y encarcelados en la Isla de Pascua. La dirección provisoria que quedó a cargo había podido reenlazar las diversas organizaciones que el partido tenía dispersas por el país y celebró en enero de 1930 una conferencia en la que intervinieron agentes del SSA.⁴⁰

Al igual que hacían los argentinos, los comunistas chilenos también se jactaban de integrar una de las primeras secciones latinoamericanas de la IC, habiendo aceptado las 21 condiciones en 1921. Aseguraban además poseer el primer partido comunista de masas de América, al haber extendido su acción sobre una gran parte del proletariado por medio de su trabajo en la Federación Obrera de Chile (FOCH). Más allá de estos logros, el chileno era un partido oportunista gobernado por el electoralismo burgués. La autocrítica llevaba a los comunistas chilenos a advertir el error de haber caído bajo los embrujos de “la fraseología demagógica” contenida en el “programa nacional-reformista” enarbolado por los “militares-revolucionarios” que acabó llevando al movimiento militar a imponer su dictadura.⁴¹ Estos errores habían sido advertidos en el congreso de diciembre de 1926 por el SSA, sin que supusiera un beneficio para el cambio de rumbo partidario. Ello fue así a causa de que a poco de la consumación del golpe de 1925 que llevó a Carlos Ibáñez del Campo al poder, cayó sobre el PCCH el peso de la represión estatal. Al arresto de muchos de sus

³⁹ Ibidem, p. 47.

⁴⁰ E.S., “El Partido Comunista Chileno realizó una importante conferencia nacional”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, (6 de octubre de 1930) p. 52.

⁴¹ Ibidem, p. 53.

miembros, se sumó la clausura de sus imprentas. Esto redundó en disensiones y delaciones al interior del partido:

“La organización del partido, actualmente, es débil. Tiene organizaciones diseminadas a través de todo el país, pero la ligazón entre las mismas es reducida. El C. C. y la base del partido permanecen distanciadas. El aparato ilegal del partido es tan endeble que no le permite resistir ni aún los golpes débiles de la reacción. Sus organizaciones de masas (los sindicatos de la F.O.C.H.) son débiles y solamente en el norte del país (las salitreras) tienen cierta importancia. Únicamente el trabajo en el interior de los sindicatos fascistas, ha adquirido cierto desarrollo. En esas condiciones, el nivel político del partido ha permanecido muy bajo. El partido está completamente aislado del movimiento internacional, del resto del movimiento latino-americano. Y lamentablemente, el plantel de afiliados proletarios, muy numeroso, muy abnegado, carece, frecuentemente, de las nociones más elementales de la lucha de clases.”⁴²

La presencia de una corriente ideológica “menchevique” en el partido había generado la opinión de que en Chile era necesario realizar no una revolución proletaria sino una revolución democrática. El sector de la nueva dirección que no había sido encarcelada, designada tras la celebración de la Conferencia Nacional, se encontraba llevando a cabo una infructuosa labor dirigida a revertir los efectos de años de políticas contrarrevolucionarias implementadas por la anterior dirección entreguista.

Dado que el movimiento obrero chileno se encontraba en un pico de actividad, la IC propuso que el PCCH demostrara aptitud para situarse a la cabeza de la organización de las masas trabajadoras y que su experiencia fuera tomada en consideración como paradigma para el resto de las secciones latinoamericanas. Chile era una semicolonias con algunas características feudales, y su balanza comercial dependía en enorme medida de las exportaciones provenientes del salitre y del cobre.⁴³ Por su parte, el mercado interno estimulaba el desarrollo de la agricultura (que empleaba unos 160 mil asalariados), de la industria (alrededor de 110 mil obreros) y la minería carbonífera (unos 100 mil mineros). La ausencia de una burguesía nacional fuerte allanaba el camino para que terratenientes e imperialistas dominaran la economía chilena. El gobierno represivo de Ibáñez no contó sólo con el apoyo de las fuerzas armadas, sino que fue sostenido también por partidos burgueses, por dirigentes sindicales y por ex comunistas que habían traicionado a su partido. La conformación de *soviets* como órganos propicios para la toma del poder había sido la consigna estelar del PCCH, pero su significado escapaba a la comprensión de las masas. Estos equívocos debían

⁴² Ibidem, p. 54.

⁴³ “Las grandes luchas revolucionarias del proletariado chileno (Tesis del Bureau Sudamericano de la I. Comunista”, *Revista Comunista*, año II, núm. VI, noviembre de 1931, p. 10.

ser subsanados para posibilitar un desarrollo progresivo del partido: “De la profundidad y seriedad de la autocrítica, dependerá la capacidad del partido para comprender el aumento real de su influencia y para transformarse en un verdadero dirigente de las masas laboriosas del país”⁴⁴. La presencia comunista entre los trabajadores del salitre y del carbón era escasa, y entre los del cobre y los del agro era nula. A causa de su abandono de la acción sindical, el PCCH tampoco había logrado todavía ocupar un lugar de peso en los sindicatos nucleados en la FOCH. Desde el SSA no habían dejado de recriminar al PCCH sus deficiencias teóricas, producto de una bolchevización inconclusa, que entre otras cosas explicaba el hecho de que la sección chilena de la IC no hubiera desarrollado un aparato clandestino (ver Vallejos, 2017).

El SSA también puso atención a la experiencia signada por los revolucionarios colombianos en torno al recurso de la autocrítica para la bolchevización. Reunido en agosto de 1930, el Comité Central Ampliado comenzó a sentar las bases para la conversión del minúsculo PSR en el Partido Comunista de Colombia que debía conquistar a las masas. Como paso previo inevitable, y producto del trabajo de autocrítica promovido desde la IC, se estableció que era necesario que los nuevos comunistas hicieran a un lado a los pequeño-burgueses pro-imperialistas que militaban en las filas del socialismo revolucionario. La prédica había dado resultados rápidos. Si el PSR había contado con alrededor de 50 miembros hasta agosto, se habían reunido en torno del flamante Partido Comunista 700 interesados para el mes de noviembre.⁴⁵ Dado que la producción de café en Colombia y Brasil había sido excepcional, los mercados internacionales demostraron no hallarse en condiciones de absorber el volumen total. La respuesta de los capitalistas agrarios fue llevar los salarios de los trabajadores a niveles muy por debajo de la subsistencia. Esta situación en la principal actividad económica del país se sumaba a la quiebra de numerosas fábricas en las ciudades y al cese de la inversión en la obra pública. Todo ello redundó en el malestar social que se canalizó en las calles. La represión policial no se hizo esperar. Fue una vez más la autocrítica la que permitió desenmascarar dentro de la dirección al sector derrotista liderado por Moisés Prieto, quien había conducido un intento de frente único con los liberales con el propósito de rechazar las leyes represivas implementadas por el gobierno conservador (Meschkat, 2009: 27). Enfrentado de modo irreconciliable con el SSA y la dirección del PCA, el Ampliado del PSR había decidido expulsar a Prieto junto con su grupo. El nuevo partido debía nacer bolchevizado: se espe-

⁴⁴ *Ibidem*, p. 24.

⁴⁵ “Colombia. El Ampliado del Comité Central realizado en Agosto construyó el primer paso para la formación de un Partido Comunista”, *Revista Comunista*, N° 2-3, año I, enero-febrero de 1931, pp. 81-82.

raba de sí mismo homogeneidad ideológica, organización celular y composición netamente obrera. La proletarianización del partido implicó la expulsión de los elementos pequeño-burgueses y terratenientes que habitaban en el PSR.⁴⁶

Según se ha advertido, la autocrítica se erigía en una herramienta eficaz a la hora de clausurar el paso dentro del partido a determinados sectores. Dentro del proceso signado por la homogeneización ideológica que caracterizó la bolchevización, fue moneda corriente la lucha contra la emergencia de facciones —entendida como la corporización de un “grupo específico de poder” (Sartori, 2012: 110)— que pudieran poner en riesgo el predominio de la dirección mayoritaria. Se echó para ello mano a un arsenal de acusaciones por prácticas anarquistas, trotskistas, mencheviques, pequeño-burguesas y nacional-fascistas.

Consideraciones finales

Existe un eje común que recorre los análisis de todos los partidos comunistas sudamericanos: se trata, por un lado, de la situación económica y política de cada país, poniendo especial atención a las burguesías nacionales y su supeditación al imperialismo, en tanto que, por el otro lado, se focaliza en el estado de cada partido y sus errores y aciertos más salientes. Pese a todas las dificultades endógenas y exógenas que debían enfrentar las secciones sudamericanas de la IC, siempre aparecía en las páginas de *Revista Comunista* el convencimiento en el éxito insoslayable, aunque nada se decía acerca de cómo lograrlo toda vez que se abordaba puntualmente el análisis de algún caso nacional específico.

Si en su órgano oficial anterior el SSA había centrado el interés en la circulación de informaciones relativas al estado de las situaciones políticas, sociales y económicas de los países de la región sudamericana, *Revista Comunista* se proponía poner el eje en la difusión de los posicionamientos teóricos que buscaba encarnar y con los que esperaba permear en el desarrollo de la cultura política de las distintas secciones nacionales sudamericanas de la IC. En comparación a lo ocurrido con su publicación periódica anterior, los partidos más atractivos para el SSA eran ahora el PCA (que conservaba su predominio pero perdía la posición hegemónica que había ejercido en la década de 1920), el PCB y, sobre todo, el PCCH. Este último había ganado su lugar por haber sido la primera sección sudamericana de la IC en lograr, a partir de su creciente trabajo dentro de la FOCH, penetrar en el movimiento obrero, lo que volvía más tangibles las expresiones desiderativas volcadas hacia la construcción de un partido de masas. La confianza en el triunfo comunista llevaba al SSA a afirmar que, pese a verse duramente represaliado, “El proletariado chileno, conducido por su Partido Comunista, derribará a la dictadura, conducirá a las masas explotadas, a los

⁴⁶ Ibidem, p. 91.

campesinos y a los indios, a la lucha antiimperialista, por el gobierno obrero y campesino. Pero el proletariado chileno debe contar, para ello, con la solidaridad de todo el proletariado continental”.⁴⁷ No llama la atención que nada se exprese acerca de la táctica que debían asumir los partidos comunistas de Sudamérica para contribuir al triunfo de la causa proletaria en Chile.

Bajo la óptica del SSA, imperaban en Sudamérica las mismas condiciones esenciales: el imperialismo ejercía su ley, en medio de una lucha por hegemonizar los mercados nacionales entre los grandes capitales norteamericanos y británicos, y como resultado de ello emergía una andanada de dictaduras fascistas que se convertían en un instrumento de dominación política al servicio del dominio económico del imperialismo. Esta combinación de factores sentaba las bases para la consumación de un proceso revolucionario, que debía ser de carácter agrario y antiimperialista y estar hegemonizada por el proletariado y guiada por el partido comunista. Para la correcta consecución de este plan, resultaba de primer orden avanzar en la conformación de amplios frentes únicos.

La revista fue exitosa en tanto funcionó como un manual de intervención política con difusión masiva. Logró instalar una serie de cuestiones problemáticas y un lenguaje comunes para todo el movimiento comunista sudamericano. Su prosa clara y fluida, que excluyó deliberadamente la inclusión de datos cuantitativos imprescindibles para la construcción de una representación certera de la situación socioeconómica de cada país aludido, parece responder al propósito de garantizar la mayor recepción posible de su mensaje en la masa de campesinos y obreros cada vez más empobrecidos. Pero si el objetivo de la publicación era contribuir a la formación de los militantes comunistas, se echó por tierra con la capacidad de complejizar los análisis teóricos. De tal suerte, al mismo tiempo que logró homogeneidad ideológica de los afiliados que se buscó desde los inicios de la bolchevización, redundó también en la anulación de un pensamiento comunista sudamericano original e incluso marxista. Las especificidades nacionales se desdibujaron en un universalismo dogmático. Mediante la traspolación de conceptos a situaciones materiales para las cuales no habían sido creados, se hacía referencia a los “kulaks” para mencionar a los campesinos ricos, a quienes los partidos comunistas latinoamericanos tenían la misión de confrontar en paralelo con la destrucción de las burguesías nacionales. De igual modo, se había hecho alusión a expresiones “mencheviques” toda vez que surgieron opiniones favorables a una revolución democrático-burguesa y, por ende, contrarias a la realización de una revolución agraria para los países de la región sudamericana. El ejercicio de la “autocrítica” se convirtió en el instrumento por excelencia para combatir estos desafíos a la *doxa* estalinista.

⁴⁷ “De Chile. Una nueva ola de represión contra el P.C.”, *Revista Comunista*, año I, núm. 1, septiembre de 1930, pp. 64.

Si con anterioridad a la caracterización semi-colonial formulada en el VI Congreso de la IC por Humbert-Droz a propósito de los países latinoamericanos económicamente dependientes de los imperialismos británico y norteamericano se habían registrado reacciones interpretativas autóctonas que recuperaban la importancia de la esfera política –tales los casos, por ejemplo, del cubano Julio Antonio Mella (Jeifets y Jeifets, 2009) y el italo-argentino Victorio Codovilla (Piemonte, 2017)–, esa posibilidad de generar un pensamiento de relativa autonomía fue cercenada. A medida que se consolidaba la dirección más “sovietista” en el PCA, su impacto se sintió en un SSA que no dejó nunca de encontrar en los cuadros argentinos sus más activos animadores.

Fuentes

Archivos:

Archivo de la Internacional Comunista, Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina.

Publicaciones periódicas:

El Trabajador Latinoamericano. Revista quincenal de información sindical.

Revista Comunista. Organo teórico del Secretariado Sudamericano de la IC

Libros y folletos:

CODOVILLA, Victorio (1930). *¿Qué es el Tercer Período?* Montevideo: Justicia 1930.

SECRETARIADO SUDAMERICANO DE LA IC. *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Junio 1929*, Buenos Aires, La Correspondencia Sudamericana, 1930.

Bibliografía

ALVAREZ VALLEJOS, Rolando (2017). “El Partido Comunista de Chile en la década de 1930: Entre ‘clase contra clase’ y el Frente Popular”. *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano*, N° 31, año VIII.

CABALLERO, Manuel (2000). *Latin America and the Comintern, 1919-1943*. Cambridge: Cambridge University Press.

CAMARERO, Hernán (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CELENTANO, Adrián (2012). “Las ediciones del maoísmo argentino”, Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición, La Plata, 2012: 62-78.

CASTILHO DE LACERDA, Felipe (2017). *Octávio Brandão e as matrizes intelectuais do comunismo no Brasil*. Tesis de Maestría, Universidade de São Paulo, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Departamento de História.

JEIFETS, Lazar y JEIFETS, Victor (2001). “El Partido Comunsita Colombiano, desde su fundación y orientación hacia la ‘transformación bolchevique’. Varios episodios de la historia de relaciones entre Moscú y el comunismo colombiano”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 28: 7-37.

- JEIFETS, Lazar y JEIFETS, Victor (2009). "El giro a la izquierda en América Latina y el nacimiento del nuevo bolivarianismo: las tradiciones de la Komintern y la actualidad". *CS* 4: 195-212.
- LOYOLA, Manuel (2016). "Lecturas rojas: libros y folletos comunistas en Chile, 1920 y 1926". CAMARERO, Hernán y LOYOLA, Manuel (eds.): *Política y Cultura en los sectores populares y de las izquierdas latinoamericanas en el siglo XX*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- MESCHKAT, Klaus (2008). "Helpful Intervention? The Impact of the Comintern on Early Colombian Communism". *Latin American Perspectives* 2 vol. 35: 39-56.
- MESCHKAT, Klaus (2009). "La Internacional Comunista y su impacto en los inicios del comunismo colombiano". *Revista Cultura y Trabajo* 78: 25-29.
- PIEMONTE, Víctor Augusto (2017). "La Internacional Comunista y los comienzos del Secretariado Sudamericano a través de la sistematización regional del proceso de bolchevización". *Historia Crítica* 64: 101-118.
- PIEMONTE, Víctor Augusto (2017). "Primeros análisis del imperialismo en el comunismo sudamericano". *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 21: 273-277.
- RENIQUE, José Luis (2007). "Una larga marcha andina: tradición radical y organización revolucionaria en el Perú". CONCHEIRO, Elvira, MODONESI, Massimo y CRESPO, Horacio (coords.): *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México: Universidad Nacional Autónoma de México: 459-504.
- SARTORI, Giovanni (2012). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza.
- SCHELCHKOV, Andrey (2017). "Una lealtad rechazada: José Antonio Arze y Moscú. Bolivia, primera mitad del siglo XX". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 2, vol. 21: 31-60.